

PODER Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN: ¿UNA PUERTA GIRATORIA?

José Hernández y Ramón Jimeno

La relación entre prensa y política ha sido un tema de permanente y compleja controversia. Tanto en sociedades con órdenes políticos abiertos como en aquellas donde rigen modelos restrictivos, el papel de los medios de comunicación frente al poder rebasa el escueto formalismo de la noción de "libertad de prensa". El ejercicio de esa libertad es difícil de precisar en un campo dentro del cual alternan éticas profesionales y sociales con lealtades políticas, ambiciones individuales y la siempre poderosa seducción del acontecimiento como hecho periodístico esquivo a responsabilidades posteriores a su conformación como tal. Para tratar sobre tema tan importante **Análisis Político** ha invitado a José Hernández y Ramón Jimeno, dos profesionales del medio distinguidos por sus lúcidas opiniones al respecto.

Análisis Político: No hay desacuerdo sobre el importante papel desempeñado por los medios de comunicación en una sociedad que, como la colombiana, parece anclada en una crisis permanente. Sin embargo, ¿cómo precisar ese papel en términos de un aporte efectivo a la solución de los grandes problemas que aquejan al país?

José Hernández: Los medios de comunicación, de cara a sus redacciones, oscilan, me parece, entre tres actitudes: primero, considerar que su problema es únicamente registrar lo que pasa.

Esta pasividad se disfraza con un verbo cuya definición es tan ambigua como vasta: informar. Segundo, pensar que tomar posiciones implica situarse abiertamente en el campo de la política politiquera, y eso se entiende que es una labor eminentemente editorial. Tercero, creer que en caso de asumir posiciones, éstas

deben ser necesariamente de corte moralista. Un medio debe ser un foro pero no un oráculo.

La prensa colombiana es prisionera de su propia historia. En su seno se sabe que ya no puede ser portavoz de partidos políticos —que no existen—, y con ansiedad busca, para promocionarlos, los valores del establecimiento. En ese sentido, la prensa se acostumbró a ser más vehículo de transmisión que centro de debates, iniciativas y propuestas. De ahí su malestar ante un establecimiento que ni es coherente ni encarna proyectos de gran envergadura para el país. La prensa aportará efectivamente a la solución de los problemas del país cuando resuelva cuestionar la falta de liderazgo del establecimiento, cuando entienda que trabajar para el *statu quo* es un programa tan arcaico como la existencia de la misma guerrilla, cuando decida ser más interlocutora de la sociedad que transmisora de los mensajes del poder.

La prensa no tiene, sobra anotar, vocación de gobernar. Pero en vez de registrar todo —lo cual no tiene sentido y es imposible—, puede ser un enorme motor para circunscribir y tratar los grandes problemas del país. La prensa sí debe ser líder y debe usar su poder de convocatoria para inducir, en bien de la comunidad, decisiones de tipo político. Pero no es su único papel. Debe conectar los procesos nacionales con los del mundo, pues la internacionalización —no sólo de la economía— así lo requiere. En este sentido, es vital que un medio se convierta en glorieta de encuentro de todos aquellos campos (científico, cultural, industrial) que buscan aportar soluciones al país. ¿Es viable? Por supuesto, y el único peligro que el medio corre es incrementar su influencia en la nación.

Ramón Jimeno: Un aporte efectivo de los medios puede ser asumir el rol de instrumento para la confrontación civilizada, ciñéndose a principios éticos. Los medios deben facilitar su espacio para que las discusiones se den a través suyo y no a pesar suyo, porque por naturaleza, son un mecanismo de control preventivo. Su rol se cumple sólo cuando los medios advierten a tiempo los conflictos que se avecinan, los analizan, presentan sus orígenes y los posibles efectos, y lo hacen de manera independiente. Así contribuirían a que las crisis evolucionen y tiendan a resolverse. Como andan a la zaga, los medios contribuyen a que las crisis desemboquen en confrontaciones violentas, o a validar falsas soluciones, o represarlas. Una contribución efectiva de los medios sería estimular la confrontación civilizada en vez de eludir el debate impidiendo conocer las causas de las crisis y, sobre todo, que surtan efectos. Si los medios continúan sujetos a la conveniencia política para eludir la realidad, su contribución seguirá siendo negativa. Una sociedad que es incapaz de mirarse y aceptarse como es, es incapaz de transformarse. Y los medios pueden contribuir si hacen de espejo para que la sociedad se reconozca. Por ejemplo, los medios deben hacer y dejar que los juicios de responsabilidades se hagan, en particular, sobre la gestión pública para que el error se sancione con la exclusión del responsable en el cargo, en vez de premiarlo con el

“tapen-tapen”. De esta manera no se corrige sino se perpetúa la incapacidad y la irresponsabilidad desde el Estado.

Análisis Político: Tratemos de ubicar las fronteras entre el periodismo y los poderes público y privado. En cuanto al poder público, se ha denunciado a los periodistas que se sirven de los medios como trampolín para hacer política; se ha dicho que las funciones de la política y la prensa no son solamente diferentes sino incompatibles; se ha señalado que la puerta giratoria que permite a los periodistas pasar a la política y regresar de ella se convierte en un factor de pérdida de independencia. Y en cuanto a los poderes privados, ¿qué decir del económico, por ejemplo, que impone autocensuras y ópticas preestablecidas?

José Hernández: La actitud de la prensa ante los poderes privados debe ser la misma que ante los poderes públicos: distante e independiente. ¿Simple declaración de principio? No, mera lucidez. Es una constante con la que cualquier periodista, deseoso de hacer bien su oficio, debe trabajar. Por supuesto que éste es uno de los grandes retos para las empresas de prensa. Ellas pueden frenar o auspiciar la intervención de los poderes privados —que en muchos casos son sus anunciantes— en el proceso informativo. Pocos son los jóvenes periodistas que no han oído hablar de los favores que ciertos grupos económicos proponen a los periodistas, con éxito en muchos casos. ¿Cuántos congresos gremiales se cubrieron —no oso pensar que eso siga ocurriendo— gracias a la infraestructura suministrada por los mismos protagonistas? Y eso con el acuerdo tácito de los medios.

Hay un hecho objetivo que ha favorecido esa interacción perversa con los grupos económicos: la falta de profesionalización del periodismo. Mientras este oficio siga siendo de todos que saben escribir de todo pero de nada en definitiva; mientras esa política invite a pagar pésimos salarios y a no crear un plan de carrera con formación permanente como uno de sus corolarios; mientras las empresas no establezcan barreras infranqueables entre periodismo e información comercial, el

periodista estará casi a merced de los grandes grupos económicos.

A esta situación de indecisión editorial y de falta de política se suma otra todavía peor: la toma directa de medios de comunicación por parte de algunos grupos económicos. En Colombia ésta es una situación relativamente nueva. Es una tendencia mundial que se va a incrementar y frente a la cual los periodistas no tenemos ni posición ni análisis. Algunas manifestaciones de periodistas atados a esos medios hacen temer que su papel esté siendo tergiversado. ¿Qué hacer ante un patrón que controla parte del sistema financiero, tiene de 800 a 1.000 empresas, pone ministros, paga campañas políticas, etc.? ¿Qué margen de maniobra queda para interpretar los intereses de la comunidad?

No hay que desesperar pero ya hay signos evidentes de que los industriales que piensan crear sus propios medios de comunicación quieren convertir a sus periodistas en ejecutivos de sus grupos y en relacionista públicos. Los periodistas independientes van a tener cada vez mayores dificultades para sobrevivir en el mercado de la información, a menos que creen sus propios medios. Es otra de las grandes tendencias pues la microedición está favoreciendo, en Europa y Estados Unidos, la explosión de medios de comunicación con vocación comunitaria.

Ramón Jimeno: El periodismo es una forma de hacer política. Se ubica, sin embargo, en una instancia diferente de control privado sobre la ejecución pública y de control público frente a lo privado. En ambos casos, su arma es la información. Cuando se utiliza la información para ganar poder político o económico, el ejercicio del periodismo se sale de sus parámetros éticos. Por el contrario, cuando del ejercicio ético del periodismo se deriva una posición de credibilidad pública que se proyecta en lo político, el periodista está dentro de la ética de su oficio. Si es ético informando, es ético administrando, puede concluirse, aunque eso no garantice otra cualidad como administrador.

Usar el periodismo como trampolín político es más propio de la naturaleza humana que de la

naturaleza del periodismo. La independencia se pierde con el compromiso frente a una gestión o unos intereses. Es obvio. Se puede conservar en cambio la capacidad de análisis que sirve desde la tribuna periodística como difusor de experiencias. Jeane Kirkpatrick o Henry Kissinger escriben en muchos medios, como partes interesadas, y no por ello deja de ser importante su mensaje. Pero no pretenden brindar la información. Sólo la interpretan a la luz de sus trayectorias públicas o académicas.

Los problemas surgen más cuando se es dueño de medios, caso *El Tiempo*, y se pone un pie en el gobierno. Es decir, cuando se gobierna desde los medios y desde el Ejecutivo, una difícil simbiosis para la sociedad, pero sin duda rentable para la casa editorial y para el gobierno que goce de las simpatías de ese medio. Pero la compatibilidad periodismo-política radica en la capacidad de interpretar y de recoger quereres y razones que se pueden llevar de manera más eficiente ante el Estado o los poderes económicos.

En cuanto al asunto de los poderes privados, de nuevo es la carencia de ética lo que genera los problemas. No hay reglamentación posible frente a un poder económico que se resiste a aplicar criterios éticos. Es natural que un conglomerado como el de Santodomingo o el de Ardila Lulle traten de buscar el favor de los medios; inclusive de apropiárselos como negocio y como herramienta de poder. Lo que deberían evaluar es si no les convendría más a ellos, y a la sociedad en la que viven, tener medios independientes de sí mismos para que les digan lo que no pueden decirles sus empleados. Claro que igual, sin ser propietarios de medios, pueden pagarle sueldos a los periodistas de manera que eviten el control sobre sus actuaciones. O pueden presionar con el peso de la publicidad. Sólo la profunda convicción de la necesidad de respetar a los demás individuos y de permitir que los demás ejerzan sus libertades hará que los poderes económicos fomenten el libre ejercicio del periodismo. Así como no serían grandes empresarios si vendieran harina con colorante, como salsa de tomate, deberían convencerse de que pierden cuan-

do venden mala información, sólo porque tienen los medios bajo su control.

Análisis Político: Hay otro tipo de autocensura: el que la prensa se impone acerca de ciertos pronunciamientos de los grupos al margen de la ley: guerrilla, narcotráfico, autodefensas, entre otros. Se supone que divulgar sus puntos de vista es potenciarlos ante la opinión pública. Sin embargo, para informar con veracidad, los medios de comunicación no pueden escamotearle al público una parte del problema.

José Hernández: Esa es una ambigüedad que los medios de comunicación viven de una manera muy aguda, pues cada día registran los hechos en los que esos grupos sociales están involucrados y les publican sus comunicados y algunas veces parte de sus versiones. Sin embargo, no se les entrevista, se evita el contacto personal con ellos, como si darles la palabra o volverlos temas de informes periodísticos volviera a la prensa cómplice de sus desafueros. Un razonamiento curioso y a la postre peligroso porque le quita a los medios de comunicación una de sus máximas virtudes potenciales: la de hacer investigación o la de proporcionar a los investigadores sociales materiales básicos confiables como insumos para sus análisis sobre la realidad nacional. Es como si la prensa debiera hablar de las consecuencias nefastas de los violentos sin tratar de identificar sus lógicas. Como si sólo debiera contar los hechos que producen sin tratar de entender lo que los origina.

Entrevistar a esos señores no es abrirles una válvula para que justifiquen asesinatos, extorsiones, secuestros y tráficos de toda índole. Es un ejercicio democrático, pedagógico y transparente que hace la sociedad al mirarse integralmente con esos grupos en su seno. Es reconocerlos como un problema, confrontar sus puntos de vista y oírlos sin excusarlos. Es un encuentro con lógicas, a veces perversas, que es bueno que la sociedad enfrente. Es entender que para resolver los conflictos, la sociedad debe antes que todo verbalizarlos. Es creer en el efecto contundente de la palabra pues ése es el espacio de la prensa.

Ramón Jimeno: Los medios modernos no deben escamotearle al público ninguno de los puntos de vista de los protagonistas de los episodios. Cuando se creía que el terrorista usaba a los medios, se estaba en lo cierto, pero porque el periodismo no estaba en capacidad de darle la dimensión analítica al episodio, permitiendo que los hechos de sangre salpicaran al lector, al oyente o al televidente de manera directa. La sociedad, sin embargo, madura y de los primeros golpes aprendió y ya el impacto es otro. El actor pasivo del episodio —quien recibe el mensaje del medio— lo puede evaluar hoy mejor que ayer, y el periodista, más especializado y formado hoy que ayer, le puede ayudar a dimensionar el episodio más allá de la medición de los litros de sangre que corran. Creer que el público es un retrasado mental que no puede oír a los narcos, a las bandas anticomunistas, a las guerrillas, es desconocer la capacidad del ser humano para asimilar y entenderse a sí mismo. Si hay algo que puede reproducir y generar violencia en una sociedad como la nuestra donde todavía la lucha es por el acomodo de grupos nuevos y viejos, es la exclusión de los grupos del circuito informativo, porque de allí se deriva la existencia o no de los actores sociales en el imaginario colectivo del resto de ciudadanos, es decir, su reconocimiento como fuerza social. Al desconocerlo se le invita a usar la violencia para que entonces sí, y sólo así, los medios acudan a registrar su existencia y su poder. Y cuando se cree que los argumentos de los grupos marginados se potencian por aparecer en los medios, se crea de cierta manera la incapacidad o irracionalidad del público. Los argumentos tienen peso por sí mismos y no por los medios. La bomba que destruye un diario o el ataque contra un convoy militar tienen un peso argumental propio. La decisión de excluir esa información del circuito comunicativo se inscribe en el mundo de lo político porque está destinada a manipular la opinión en la medida que pretende sustraerle una pieza fundamental de información que los poderes sí conocen y que pesa en las decisiones que están tomando. La censura en cualquiera de sus manifestaciones es el síntoma más claro de la inmadurez de la sociedad.

